



Universidad Austral de Chile

Conocimiento y Naturaleza

La colección *Patrimonio Institucional* de Ediciones
Universidad Austral de Chile, busca recuperar,
poner en valor y afecto la herencia
intelectual de autoras y autores ligados
a nuestra Universidad y cuyas
obras, de escasa visibilidad en
el presente, fueron y son un
aporte insustituible al
conocimiento y al
acervo cultural
del país.



Ana Traverso (Estudio, Selección y Notas)

Jorge Teillier

El Mundo Donde Habito

Prosas Completas

Ediciones  UACH

Colección Patrimonio Institucional

Esta primera edición en 700 ejemplares de

JORGE TEILLIER
EL MUNDO DONDE HABITO
Prosas Completas

de Ana Traverso (Estudio, Selección y Notas)

se terminó de imprimir en diciembre de 2022
en los talleres de Andros Impresores

☎ (2) 25 556 282, www.androsimpresores.cl
para Ediciones Universidad Austral de Chile

☎ (56-63) 2444338
www.edicionesuach.cl
Valdivia, Chile

Dirección editorial
Yanko González Cangas

Cuidado de la edición
César Altermatt Venegas

Diseño y maquetación
Silvia Valdés Fuentes

Fotografía de portada:
Ilustración de Víctor Ruiz

Todos los derechos reservados.
Se autoriza su reproducción parcial para fines periodísticos
debiendo mencionarse la fuente editorial.

© Universidad Austral de Chile, 2022
© Ana Traverso, 2022
© de los Herederos, 2022

ISBN: 978-956-390-209-9
860CH Literatura chilena / DNP Reportajes
y colecciones de artículos periodísticos



PROYECTO FINANCIADO
POR EL FONDO NACIONAL
DE FOMENTO DEL LIBRO Y LA LECTURA,
CONVOCATORIA 2021

Contenido

Prefacio 13

Ana Traverso Münnich

POETAS DE LOS LARES 21

Los poetas de los lares 23

El matriarcado en las nuevas novelas chilenas 29

Búsqueda y deserción de la poesía 31

La terrible infancia 33

Una muestra de los poetas de la Universidad 35

Poesía chilena e idioma español: ¿dos antípodas? 43

Por un tiempo de arraigo 45

La otra cara de la prosa. Discusión sobre la novela chilena 47

Más sobre la crisis de la novela chilena. La visión canibalesca
de Ariel Dorfman 51

Escribir una crónica 55

Espejismos y realidades de la poesía chilena actual 57

Dos poemas de la Torre de Babel 63

Sobre el mundo donde verdaderamente habito o la experiencia poética 67

Los poetas en la luna 75

Algunas imposturas literarias 79

El vicio impune 83

Ni rinocerontes ni hipopótamos 85

A manera de prólogo 87

RETRATOS 91

Ray Bradbury, rebelde con causa 93

Salvatore Quasimodo, premio nobel de literatura 97

Conversación «beat» con Allen Ginsberg 99

Conversando con Juvencio, el hombre pan 103

Pierre Reverdy, el cómplice de las ventanas 107

Notas sobre Saint-John Perse, premio nobel de literatura de 1960 111

De su vida 115

Schliemann, el hombre que creyó en Homero 119

La tragedia íntima de Paul Verlaine 123

Romeo Murga, poeta adolescente 125

Georg Trakl, el profeta de Occidente 141

Los poetas olvidados	145
Serguéi Esenin, el último poeta de la aldea	149
Actualidad de Vicente Huidobro	153
Giorgos Seferis, premio nobel de literatura 1963	161
<i>El gran Meaulnes</i> cumple cincuenta años	165
A orillas del Caribe, un encuentro con Robert Louis Stevenson, los piratas y	
Eliseo Diego	167
Boris Calderón, poeta malogrado (1934-1962)	171
Esta es Alicia: Lewis Carroll y el centenario de <i>Alicia en el país de las maravillas</i>	173
Pablo de Rokha, premio nacional de literatura 1965	177
Mijail Sholójov, premio nobel de literatura 1965	181
André Breton, la libertad, color humano	183
Un recuerdo para Rubén Azócar	185
Eliseo Diego, poeta de la sabia inocencia	189
Juvencio Valle o el Gran Teatro del Bosque	193
Saludo y despedida a Enrique Bello	199
Teófilo Cid: el náufrago de la noche	203
Gaspar Hauser, el huérfano de Europa	207
La muerte y Charles Baudelaire	211
Gorriones y camaleones, o Cortázar y John Keats	215
Una relectura de Ilya Ehrenburg	219
Juan Emar, ese desconocido	221
Los varios rostros de Lautréamont	223
Pablo de Rokha, creador de futuro	227
El residente en la Tierra...	231
Saludo de paso al poeta Salvador Reyes	233
Variación sobre obsesiones de Joaquín Edwards Bello	235
Francis Jammes, el poeta rústico	239
Una crónica sobre el hombre de las diez mil crónicas	243
Gorki, de nuevo en el camino	247
Hernán del Solar, es decir, Rododendro	251
Recordando a Jaime Laso	253
Nuestro amigo Charles Dickens	257
Joaquín Pasos, el eterno joven de Nicaragua	261
Teófilo Cid, el último bohemio	265
Luis Enrique Délano y su premio	269
Con la lluvia y Romeo Murga treinta años después	271
Bibliografía moliniana	273
Pablo de Rokha y unas patitas de vaca	275
Un recuerdo a Cristián Huneus	277
Alberto Rojas Giménez, el guitarrero vestido de abejas	279

LEYENDO A SANGRE FRÍA 303

- Dylan Thomas cuando era cachorro de artista 305
En los ciruelos está el cielo, de Leonel O'Kington 309
Rugendas, pintor romántico de Chile, de Tomás Lago 311
Los penitenciales, de Humberto Díaz-Casanueva 315
Antología para el sesquicentenario, de Juan Uribe Echevarría 317
Veinte años ocultos en un cajón originales de *Una hora*,
de Sepúlveda Leyton 319
Tránsito breve, de Rolando Cárdenas 321
Una visita a los mercados, de Ruperto Salcedo 323
Nunca, de Ennio Moltedo 325
Cuando los magos se adueñan del poder 327
Alrededor, de Luis Oyarzún 333
Horario de un caracol, de Luisa Johnson 335
La *Antología del cuento chileno*, del Instituto de Literatura Chilena 337
Un ciudadano y un campesino 339
Sin odio y sin banderas: los poetas frente a la guerra 341
Gabriela Mistral, de Mathilde Pomès 345
Pound, de Armando Uribe Arce 349
Obras completas, de Vicente Huidobro 353
El peso de la noche, de Jorge Edwards 359
Registro, de Sergio Hernández 363
Los expedientes de Filebo, de Luis Sánchez Latorre 365
El silbido de la culebra, de Edesio Alvarado 367
El siglo de las luces o la mágica realidad latinoamericana vista por
Alejo Carpentier 371
Carson McCullers y su reloj sin manecillas 373
La casa verde: la novela de la cual todos hablarán 375
El viajero inmóvil, de Emir Rodríguez Monegal 377
Leyendo a sangre fría 381
Jean-Paul *Sartre*, de Philip Thody 383
El cautiverio feliz de Pineda y Bascuñán, de Ángel Custodio González 385
Desplazamientos, de Federico Schopf 387
Tiempo de arañas, de Rodrigo Quijada y Rodrigo Baño 389
Juntacadáveres, de Juan Carlos Onetti 391
Borges, el poeta, de Guillermo Sucre 393
Tres tristes tigres, de Guillermo Cabrera Infante 395
Febo, Cristina y la cordillera, de Juan Rivano 397
Ser y morir en Pablo Neruda, de Hernán Loyola 399
Canciones rusas, de Nicanor Parra 401
Poesía chilena en el *Far West* 403
Gran Sertón: Veredas, de João Guimarães Rosa 405
El viento de los reinos, de Efraín Barquero 407

<i>Temas de la cultura chilena</i> , de Luis Oyarzún	409
<i>Crimen y literatura</i> , de Manuel Zamorano	411
Poesía 67: siete glosas, un intento de inventario	413
<i>Madera quemada</i> , de Augusto Roa Bastos	417
<i>Hombres de a caballo</i> , de David Viñas	419
<i>A pie por Chile</i> , de Manuel Rojas	421
<i>Venus en el pudridero</i> , de Eduardo Anguita	423
<i>Hijo del salitre</i> , de Volodia Teitelboim	425
<i>Pavana del gallo y el arlequín</i> , de Carlos de Rokha	427
<i>La espuma de los días</i> , de Boris Vian	429
<i>Limonos amargos</i> , de Lawrence Durrell	431
<i>La inmensa humanidad</i> , de Fernando Lamberg	433
<i>Mis contemporáneos</i> , de Ernesto Montenegro	435
<i>El bonete maulino</i> , de Manuel Rojas	437
Poesía chilena 68	439
Orfeo traicionado	443
Guía del vicio impune: lecturas y relecturas	445
<i>Antología de la poesía chilena contemporánea</i> , de Roque Estéban Scarpa y	
Hugo Montes	449
La guerra de los panfletos	451
<i>Graduación y Zarabanda</i>	453
Sobre la lluvia y tres poetas	455
Sobre una antología	459
De Teillier acerca de Volpe	463
Un árbol necesario	465
Un poeta de dos senderos	467
CONFIESO QUE HE BEBIDO	471
En el aniversario de Gardel	473
Beatlerías	475
La Fiesta de la Primavera	477
Encuentro con Rubén Darío	479
El agua bajo los puentes (I)	481
Conversaciones de Navidad	483
El agua bajo los puentes (II)	485
El agua bajo los puentes (III)	487
El agua bajo los puentes (IV)	489
El agua bajo los puentes (V)	493
El agua bajo los puentes (VI)	495
Espejo de folletinistas	497
El agua bajo los puentes (VII)	499
El agua bajo los puentes (VIII)	501
El pequeño mundo de <i>La pequeña Lulú</i>	505

Vamos al biógrafo	507
Sobre la decadencia del arte de conversar	511
Encuentro en Chillán	513
Beber menos y mejor	515
Ajedrez en la Plaza de la Constitución	517
El comedor solitario	519
Sábado en el «Huáscar»	521
El noctámbulo y su horóscopo	523
Variaciones sobre la noche	525
Domingo en San Lorenzo de El Escorial	529
Música para películas mudas	531
En Madrid con Heidi y con los perros	533
Confieso que he bebido	535
Los «bares metafísicos» de un poeta	537
En un viejo café	539
Comer y beber en Honduras	541
La última cena de Carlota y Goethe	543
Bach, el café y el tabaco	545
Sabor de Panamá	547
¿Qué comen los yugoslavos?	549
¿Qué comían los piratas?	551
Balconcillo, un barrio bravo de Lima	553
Cuando de Chile me voy	555
Peregrinación a La Ermita y otras caletas de Vitacura	557
Breve viaje a la Isla de Pascua	559

CRÓNICA DEL FORASTERO 561

Dos grandes educadores: Sarmiento y José Abelardo Núñez	563
La Araucanía y los mapuches según tres viajeros extranjeros del siglo pasado	565
Don Francisco Antonio Encina, dentro y fuera de la historia	577
Nicolás Palacios, olvidado defensor de chilenidad	583
Visión de La Frontera	587
Un héroe del periodismo	591
Días en La Frontera	593
Alonso de Ercilla, fundador poético de Chile	597
Neruda y la casa natal	599
Lautaro: este es mi pueblo	601
La invención de Chile	605
La Unidad Popular y el fin de un mito	609
El chileno básico	613
Nuestro oculto racismo	615
Defensa de las aves	617

Los días del triunfo en Lautaro	619
Recabarren y la otra historia	621
Monotema	623
Algo más sobre Cautín	625
Fisonomía espiritual de la ciudad de los confines o los infantes de Angol	627
Rituales sureños de la sangre	631
Magallanes, o el buen comer	633
Un niño come en La Frontera	635
Textos críticos de Jorge Teillier	637
Índice onomástico	649

Prefacio

Ana Traverso Münnich¹

I

La primera reseña literaria firmada por Jorge Teillier —de la que tenemos registro— se remonta al año 59, cuando tenía veinticuatro años y recién comenzaba a figurar en la escena cultural con sus dos primeros libros como carta de presentación: *Para ángeles y gorriones* (1956) y *El cielo cae con las hojas* (1958). Con ambos recibió más elogios que reparos, de parte de críticos y escritores como Eleazar Huerta, Volodia Teitelboim, Teófilo Cid, Miguel Arteche, Ricardo Latcham, Jaime Valdivieso, entre otros; y recibía también, implícitamente, un espaldarazo que le abría las puertas a la competitiva escena literaria de los cincuenta, con un sello que perduraría en el tiempo, el de «verdadero» y «auténtico» poeta. Había estudiado historia en el Pedagógico, donde se da a conocer como escritor; y aunque ejerció un par de años como docente en Lautaro, la mayor parte de su vida se la ganó como prosista en distintos medios de prensa. A partir de los sesenta ya cuenta con un espacio mensual en la revista *Ultramar* y desde entonces no abandonará la prensa escrita sino solo durante los años más negros de la dictadura. Colaboró regularmente en diarios tradicionales como *El Siglo*, *La Nación*, *El Mercurio* y *Las Últimas Noticias*; también en periódicos de más corta duración como *Puro Chile*, que se cierra con el Golpe de Estado el mismo 1973; en revistas culturales de divulgación como *Plan*, *Alerce*, *Portal*, *Árbol de letras*, *Orfeo* y *Ultramar*; y en publicaciones académicas como el *Boletín de la Universidad de Chile*, *Mapocho* o *Anales de la Universidad de Chile*.

En varias de estas revistas fue miembro del comité redactor, director e, incluso, fundador (es el caso de *Orfeo* y el *Boletín de la Universidad de Chile*). Y también en varios medios fue colaborador permanente o columnista. En la revista *Plan* escribió

.....
 1 Ana Traverso Münnich es doctora en Literatura por la Universidad de Chile y académica de la Universidad Austral de Chile. Ha trabajado en el área de poesía chilena, así como narrativa latinoamericana de mujeres, desde perspectivas de género. Sus publicaciones en revistas y libros abordan la historia de escritoras mujeres del entresiglo y el s. XX, principalmente.

entre 1966 y 1969 crónicas de opinión, cuya variedad temática se anunciaba en el sugerente «Agua bajo los puentes», con que se titulaba su espacio. «Divagaciones», en tanto, se llamó la columna que tuvo durante 1970 en el satírico diario de izquierda *Puro Chile* donde comentaba asuntos relacionados con la política contingente o con aspectos de la idiosincrasia chilena. Curiosa, por la liviandad de la escritura y las anécdotas literarias, que no faltan, es también su colaboración durante los años ochenta en *El Mercurio*, donde bajo el nombre de «Confieso que he bebido», se abocaba a rememorar y describir picadas y cafés tradicionales, verdaderos vestigios de otro tiempo con la siempre amenazante desaparición. Después de 1982 su productividad decae y, con la vuelta a la democracia, se verán muy esporádicamente sus últimas notas en el diario *La Época*, sobre, principalmente, escritores muertos y amigos de su círculo cercano.

La naturaleza de estos textos es muy disímil —tanto en profundidad, extensión, tono, problemática—, y estas variantes dependerán en gran parte de las características y objetivos del soporte mismo. En un intento clasificatorio, ordenamos sus prosas en los siguientes apartados, que responden, principalmente, a asuntos temáticos: 1) el primero lo llamamos «Poetas de los lares» (en honor a su más conocido «manifiesto»), y compila las consideraciones literarias; suerte de «arte poética» o «deber ser» de la poesía, más directamente en la línea de la declaración metatextual. 2) «Retratos», por su parte, agrupa estudios monográficos sobre la vida y obra de escritores de su preferencia. Una afinidad que ilustra tanto su valoración literaria como su particular canon. 3) «Leyendo a sangre fría» está compuesto principalmente de reseñas contingentes de libros recién publicados. Tienen el valor de la instantánea fotografía del momento, y aunque son textos relativamente breves, se percibe a un Teillier que sin perder la amabilidad es igualmente incisivo en sus apreciaciones. 4) «Confieso que he bebido» retoma el nombre de su columna en *El Mercurio*, y agrupa divagaciones generales sobre arte y cultura (música, cine, gastronomía). Como una especie de *flaneur* local, recorre el país y el extranjero, buscando pesquisar lugares y costumbres «propios»; una cierta «identidad cultural» bajo la sombra de la amenaza modernizadora. 5) Finalmente, en la sección que llamamos «Crónica del forastero» (plagiando el título de su poemario del 68), reservamos los textos que abordan explícitamente su personal interpretación de la historia de Chile en su calidad de escritor y de profesor de historia y geografía. Una transgresora noción historiográfica —en la línea de Hayden White— que piensa la historia como invención literaria.

II

Sobre todo en la primera sección están contenidos los textos que pretenden una cierta «ética» de la poesía: lo que esta debiera ser y hacer en el contexto de la modernidad. Se parte de la idea (moderna, también) de que la poesía sería la gran desplazada del sistema capitalista-moderno, y, desde ese lugar, podría llegar a convertirse en una alternativa de valores —dice— más «humanos y lárlicos». En probablemente el más citado de sus artículos, «Los poetas de los lares» (1965), presenta su personal visión de la poesía chilena de aquellos años, pero sobre todo, le pone un nombre a la poesía que debiera escribirse: «lárlica». Y dentro de los que llama «poetas lárlicos» cabrían muchos de los precursores románticos europeos, de los modernos latinoamericanos

y, para el caso chileno, casi cualquiera —incluidos Huidobro, De Rokha, Parra, los surrealistas, los real-socialistas del 38, los provincianos, etc.— que no pertenezca a los «desarraigados» de los cincuenta. Y es que si de algún grupo o tendencia literaria pretende diferenciarse es de algunos escritores de su propia generación.

En el «arraigo» basó su poética, entendiendo por ello la preocupación por la historia, la tradición y la identidad cultural. Veía en los autodenominados miembros de la «Generación del 50» una actitud que despreciaba por *snob* y banal, sobre todo cuando los escuchaba renegar de sus orígenes culturales para irse a Europa a impregnarse de baños culturales y realidades foráneas no vivenciadas. El desarraigado, aclaraba, no es en ningún caso un cosmopolita; aquel ciudadano del mundo que se «halla» en cualquier parte. No, «los que eligen el éxodo no serán sino zombies, *no estarán ni aquí ni en ninguna parte*, serán los hombres desarraigados» (46). De allí su insistencia en este llamado a permanecer en el país para transformarlo desde dentro.

A excepción de estos evidentes enfrentamientos con los narradores del cincuenta, la prosa de Teillier evita las agresiones y busca, más bien, establecer puentes con autores muy variados, como lo hace precisamente en «Los poetas de los lares», al abrir un complejo y amplio abanico de procedencias, tendencias, nacionalidades, épocas. Como lo ha hecho notar Niall Binns,² Teillier, en lugar de ruptura, mantiene una admiración discipular en muchos aspectos con la poesía de Huidobro, De Rokha, Neruda y Parra, y de cada uno de ellos resalta esa «chilenidad» —dice Binns— que descubre en los trabajos literarios de los antecesores: lo vernáculo de la imagen (en Huidobro), del vocabulario (en De Rokha), del paisaje (en Neruda) y de la temática y expresión de los primeros textos de Parra. Una chilenidad que está lejos de cualquier nacionalismo y que habría que matizar, como el mismo Teillier lo plantea en «Sobre el mundo donde verdaderamente habito...»: «nunca hubo para mí distinción entre poetas chilenos y poetas extranjeros. Se es o no es poeta, y allí no caben nacionalidades. Más aún, creo que es un signo de madurez no preguntarse ya ‘qué es lo chileno’» (68).

Teillier arma a través de estos vínculos una especie de comunidad literaria, que incluye, como decía, a estos que Binns llama «padres» y a muchos de los escritores de su generación, exceptuando a los del cincuenta, insisto. Intencionadamente en esa dirección, presenta, en «Los poetas de los lares», un listado de autores chilenos y extranjeros que se relacionarían con una estética cercana a la suya. Pero este gesto se repite en muchos de sus textos. En, por ejemplo, «Una muestra de los poetas de la universidad» organiza una interesante antología de autores y poemas, que incitan (o enseñan) a leer bajo el prisma «lárlico»; lo cual se observa en muchos otros textos con fines antológicos, así como en las monografías y las reseñas. La amplitud y diversidad de los nombres incluidos en el índice onomástico de esta edición apunta a pensar que la «comunidad literaria» de Teillier o «el mundo donde verdaderamente habita» se compone no solo de poetas o escritores; hay también artistas, poetas que no escriben, amigos, viajeros, rebeldes en general. Más allá entonces de un tipo particular de escritura, a Teillier le interesa cierta postura crítica hacia la sociedad capitalista: un rechazo al modo de vida oficial y a un productivismo neoliberal, seriado

.....
2 Binns, Niall. 2001. *La poesía de Jorge Teillier: la tragedia de los lares*. Concepción: LAR.

y de consumo. Cualquier forma de resistencia —fuese el bar, la amistad o la poesía, o modos igualmente políticos como la lucha medioambiental, la práctica ecológica del trueque y el reciclaje, por ejemplo— es aplaudida por Teillier en sus prosas. Habría, en este sentido, una universalidad de la experiencia, que emparenta a los *beatniks*, a los poetas malditos, a los *outsiders* en general, y que hermana a sujetos tan diversos temporal y geográficamente, en tanto comparten la vivencia común de la modernidad. En este sentido, la tarea lárca (que no es solo nacional, reitero) se propondría, a grandes líneas, describir lo que hay de «propio» en nuestra realidad cultural amenazada por una homogeneidad capitalista-moderna.

III

En muchas de las notas sobre contingencia nacional y cultural, Teillier ve con temor la incorporación de costumbres que llama «foráneas», y que proviene de la importación tecnológica de esa época, como la televisión o la comida rápida. Asiste a una sociedad que se moderniza —y que antes introdujo el cine y más atrás el fonógrafo, el ferrocarril, la imprenta, asuntos que no se le ocurriría cuestionar—, y que amenaza ahora con borrar ciertas prácticas y formas de vida comunitarias. Lo grafica con la pérdida de un modo o un «arte de conversar», como le llama, y la cada vez más frecuente imagen de sujetos cenando solos (511), donde la crítica de fondo —más que al tipo de comida o conversación— apunta a cuestionar el progresivo individualismo de la sociedad.

En este sentido, la urgencia lárca pone el ojo en las «zonas de sacrificio» cultural, llamaríamos ahora, para dejar testimonio de las formas de vida que se ven amenazadas por la industrialización, diría Teillier, y el «extractivismo cultural», se diría hoy. No es mera nostalgia la que lleva al poeta y al prosista a recorrer imaginariamente los lugares de la infancia, de la provincia, del pasado. Tampoco supone que este lugar y tiempo no haya sido saqueado antes por otros colonizadores. No se pretende, en este sentido, afirmar un origen sin disputa cultural. Me atrevería a afirmar lo contrario, es decir, que le interesa precisamente poner el ojo en el lugar y en el momento del saqueo, cuando, en su biografía llegaron los colonos europeos a fundar los pueblos de la Araucanía y corrieron los cercos y les quitaron la tierra a los habitantes mapuche. Y más tarde, cuando los mapuche dejaron de cultivar la tierra, se emplearon en las ciudades, y comenzaron a vestirse de terno y a escuchar radio portátil. En ese terreno, el de la pérdida y la violencia de la conquista, de la modernización y la depredación del territorio, ahí circula el poeta «lárca».

En otro enclave «transculturado», para decirlo en el lenguaje de las ciencias sociales, también circula por la ciudad. Los bares y las picadas —que para Teillier son tan atractivos— ponen en tensión las lógicas modernas de la productividad. Son de su preferencia aquellos locales tradicionales, antiguos, emplazados en la mitad del centro urbano y rodeados de enormes y modernas construcciones. Han logrado sobrevivir a la edificación indiscriminada, y al ingresar a ellos parece suspenderse el tiempo: parroquianos sentados quién sabe desde cuándo, con una misma luz que no cambia aunque afuera sucedan los días y las estaciones, y una conversación que dura eternamente sobre boxeo, hípica, cine o literatura. Un mundo masculino que ve en la fuente soda, los caracoles (actuales *mall*), los edificios de departamentos y las nuevas librerías la amenaza de su «metafísica», como lo expone Teillier en esta crónica:

Confieso que me duele la desaparición de los bares tradicionales de mi «lugar metafísico» que es el centro de Santiago, que prefiero a los barrios modernos, así como prefiero las casas con tres patios a las Torres y los Caracoles. Bares que no son «tumbas que parecéis fuentes de soda», como escribe Nicanor Parra, sino lugares llenos de humo y ruidos como grandes navíos, largos mesones, mesas de madera, viejos parroquianos que se conocieron allí desde la adolescencia, y adonde llegan raras veces mujeres y casi nunca niños [...]. Curiosamente los viejos bares desaparecen junto con las librerías de viejo (537).

IV

Teillier escribió muchos artículos y ensayos sobre las lecturas historiográficas de viajeros, cronistas e historiadores chilenos y europeos que, en este último caso, sin conocer Chile se habrían atrevido a construir una imagen del país, la que Teillier llama la «invención de Chile». Autores como Encina, Ercilla, Palacios, Treutler, Smith, Domeyko, Edwards Bello, habrían contribuido, de distinta manera, a erigir una «identidad nacional», inventando una nación tan ficticia (en el sentido de lo imaginado) y tan real (en el sentido de la verdad) como la propia literatura. Y un asunto que le interesa particularmente de estos relatos es la común obsesión por el conflicto racial y el mestizaje:

Nicolás Palacios [...] y el mito de la raza superior «gótico-mapuche»; la Mistral que [...] se declara de raigambre hebreo-indígena; Mariano Latorre que constantemente trata de definir nacionalmente a sus conocidos y personajes; Diego Dublé Urrutia que gasta los sesenta mil pesos de su jubilación de 1940 para investigar acerca de sus genitores; y Francisco Antonio Encina cuya interpretación de la historia chilena se basa principalmente en una obsesiva búsqueda de las claves raciales («las paparruchas de los castellanos-vascos» decía Edwards Bello).

Teillier nos presenta una historia de Chile plagada de ideas descabelladas y fantásticas, tanto o más que la propia ficción. Ve en Encina un «afán irracionalista y mítico» y lo propio en la interpretación de Nicolás Palacios sobre el mito de la raza «gótico-mapuche». Si hay virtudes épicas y guerreras que explicarían la superioridad racial del chileno se debe al mestizaje del godo español y del araucano, dice Palacios. Y a Teillier, «pese a todas sus arbitrariedades y exageraciones», reconoce que su lectura le resulta «refrescante como un vaso de agua con harina en medio del verano». Le gusta por el indiscutible «orgullo y confianza en el pueblo chileno y en el futuro del país» —tan distinto a los desarraigados que comentamos antes—, y además ve cómo Palacios enfrenta «con valentía y dramatismo [...] los peligros que acechaban el desarrollo de la nación, con clarividencia tal, que muchos capítulos tienen vigencia actual» (583), señala.

A Teillier no le complica ni se detiene en la ideología abiertamente militarista de Palacios, ni en su visión esencialista de la raza, ni tampoco en la noción de sangre vinculada a un carácter nacional y a una supuesta superioridad. Le interesa que se reconozca y valore a la nación mapuche en la conformación de la «raza chilena», en lugar de actuar como si existiese una unidad racial sin conflicto:

Uno de los orgullos chilenos es el de proclamar que en nuestro país no existe el prejuicio racial. Ese orgullo coexiste con el de considerarnos un país donde prima la «unidad racial», tal como lo señalan muchos textos escolares, considerándose entonces como positivo el

hecho de que apenas el 5 % de la población esté compuesta por indígenas [...] aun cuando valga dar unas vueltas por las calles para darse cuenta de que las tres cuartas partes de los chilenos cuentan con tal mezcla (615).

En lugar de unidad y homogeneidad cultural, Teillier también, o sobre todo en este tema, ve conflicto, saqueo y violencia física, simbólica y epistémica. La historia de La Frontera o de la Araucanía surge para Teillier «del enlace de sangre, fuego y trabajo de tres razas y de tres mundos distintos» (55), «donde el problema se complica con intereses económicos de apetencia por la tierra del indígena, al que se le desea seguir despojando» (566). En Lautaro, su pueblo natal, no estarían desapareciendo los bares ni las librerías de viejo, sino «los últimos reductos de nuestra raza autóctona, ya en vías de transculturación» (589).

Teillier se autodenominó «monotema» (623) por cuestionar reiteradamente el racismo y el carácter antimapucho de la sociedad chilena. Criticó la violencia, el rechazo, la negación y el no reconocimiento que se ha ejercido históricamente sobre el pueblo mapuche. Desde esta negación se encubriría la diversidad cultural de la Araucanía, arriesgando con el olvido definitivo de nuestras raíces y tradiciones culturales.

V

He intentado armar una trama que articula ciertas ideas que me parecen centrales al pensamiento de Teillier y a la preocupación de estas prosas, aunque probablemente queden fuera muchos otros aspectos relevantes. La crítica a la globalización y al daño medioambiental son asuntos que se enfrentan hoy, después de casi treinta años de su fallecimiento, con, posiblemente, otra terminología y con, claramente, mucho más apoyo y consenso. Me parece que en los sesenta y setenta la discusión en torno a las diferencias culturales y sus implicancias en el ecosistema, no ocupó el lugar preponderante que hoy tiene, aun cuando la narrativa del *boom* haya puesto en el centro de sus preocupaciones el problema de la «identidad cultural» latinoamericana, sus diferencias regionales y la depredación del territorio. Y, por otra parte, los críticos de la poesía de Teillier no supieron salir de la nostalgia y los bemoles neorrománticos de sus versos. Los tiene, qué duda cabe, y en esos tintes melancólicos también se han visto atrapados muchos de los actuales lectores, que lo releen, lo plagian y luego reniegan de lo que llaman «lárlico». Por estos y otros motivos, y en términos muy generales, la lectura que se ha hecho de sus poemas y prosas ha descuidado, me parece, el factor político que estas tienen, y me gustaría pensar que esta publicación contribuya a reivindicar lo «lárlico» (o como quiera denominarse) como una postura política probablemente más vigente que nunca.

Ya han transcurrido más de veinte años de la publicación de las *Prosas* (1999) de Teillier por la editorial Sudamericana. Esa versión, que contenía solo una selección de sus prosas completas, descubrió a un Teillier crítico y prolífico, del que se tenía una idea vaga o parcial, alimentada solo cuando casualmente nos topábamos con sus notas o entrevistas en los diarios. La ligereza de su pluma, el buen humor y la agudeza de sus lecturas son asuntos que podíamos asociar con facilidad a la personalidad de su autor. Pero también estos textos han abierto una veta que permite pensar su obra poética de otra manera y así, creo, la han ido complejizando los estudios de Braulio Fernández, Niall Binns, Marcelo Rioseco, Magda Sepúlveda, Edson

Faúndez, Christian Andwanter, por nombrar solo algunos, así como autores tan disímiles como Jaime Huenún, Elicura Chihuailaf, Sergio Mansilla, Rosabetty Muñoz, Clemente Riedemann, Delia Domínguez, entre otros, han sabido dialogar con esta poesía.

Pero estos textos en prosas no solo son de interés de académicos y escritores. Son un deleite literario para cualquier lector que desee aproximarse a una época marcada por discusiones sobre arte y cultura, tensionadas por los proyectos políticos de una izquierda que oscilaba entre las dudas existencialistas y las esperanzas socialistas. El mismo oficio de columnista, que fuera tan fundamental para la sociedad y la cultura hasta el golpe militar, nos enfrenta al término de un mundo que confiaba en la literatura como potencial transformador.

La reedición de *Prosas* no solo pone en recirculación un libro agotado hace ya más de una década, sino que presenta más de cien textos inéditos, a los cuales solo es posible acceder a través de una acuciosa investigación de archivo. Esta versión, que llamamos *Prosas completas*, incluye la totalidad del material que recopilé a mediados de los noventa en la Biblioteca Nacional, en la del Congreso y en el propio archivo de Teillier, cuando aún estaba vivo.³ En este sentido, la publicación de estas *Prosas completas* es una deuda con todos los fieles admiradores de la poesía y prosas de Jorge Teillier, un autor que sin duda hoy se puede considerar uno de los escritores chilenos más influyentes e importantes del siglo xx.

.....
 3 El volumen incluye entre las páginas 637 y 648 un listado con todos los artículos críticos que escribió Jorge Teillier. Están ordenados cronológicamente y hemos marcado con un asterisco (*) solo quince textos, que excluimos de esta publicación por ser notas muy breves y poco sustanciosas.

Poetas de los lares

Los poetas de los lares

(En *Boletín de la Universidad de Chile*, Santiago, nro. 56, mayo de 1965, pp. 48-54)

Reconocemos, para empezar, que este trabajo será tal vez arbitrario para la mayoría de los escasísimos conocedores e interesados en el desarrollo de la poesía nacional. Pero nuestro objetivo no es el de hacer un inventario de poetas (inventarios a los cuales son tan adictos nuestros críticos y estudiosos armados cada uno con sus respectivos ficheros) sino el de elegir entre muchos valiosos y distintos poetas a aquellos que sin ponerse de acuerdo entre sí han dado una línea característica a la poesía chilena nueva de los últimos años, la que podríamos calificar como «poesía de los lares». Por esto, de antemano señalamos la omisión de varios nombres de indudable interés en cualquier ensayo sobre poesía nueva, pero situados en otros puntos del quehacer poético, y por lo tanto, alejados del sentido de este trabajo.

El regreso de Anteo

Tras estas previas aclaraciones, hablamos de poetas jóvenes aún, pero que contaron con la madurez necesaria para afrontar la obra de nuestros poetas mayores —tan aplastante e incluso distorsionadora, especialmente la de Neruda entre las décadas del treinta y cincuenta— y que incluso la han asimilado e incorporado a su obra. Poetas que han tenido una visión personal del mundo natural y cultural, que tomaron conciencia de las preguntas de la época, de la perplejidad en que nos situamos frente al mundo, y han dado sus propias respuestas, sin recurrir a otras artes que las de la palabra, sin transformar la poesía en seudo política, religión o filosofía. Y entre estos poetas destacamos principalmente a Efraín Barquero, Pablo Guíñez, Alberto Rubio, Rolando Cárdenas, Alfonso Calderón.

Un primer hecho que estableceremos es el de que los «poetas de los lares» vuelven a integrarse al paisaje, a hacer la descripción del ambiente que los rodea. Se empiezan a recuperar los sentidos, que se iban perdiendo en estos últimos años, ahogados por

la hojarasca de una poesía no nacida espontáneamente, por el contacto del hombre con el mundo, sino resultante de una experiencia meramente literaria, confeccionada sobre la medida de otra poesía. Esto es importante en un país como el nuestro en donde el peso de la tierra es tan decisivo como lo fuera (y tal vez sigue siéndolo) «el peso de la noche», en donde el hombre antes de lanzarse a los reinos de las ideas debe primero dar cuenta del mundo que lo rodea, a trueque de convertirse en un desarraigado. Mundo singular el nuestro, que hizo decir hace muchos años a Miguel Serrano que el chileno en el fondo de sí mismo suele negarse a creer que pueda existir algo más allá del límite de la cordillera y del océano. Los poetas nuevos han regresado a la tierra, sacan su fuerza de ella. Y este movimiento lárlico ha tocado curiosamente a los poetas de generaciones pasadas, como Teófilo Cid y Braulio Arenas, que fueran iniciadores del movimiento surrealista en Chile, creadores de paisajes mentales, que sin embargo tomaron a la larga conciencia de la tierra y la reflejan en sus últimas obras; así Teófilo Cid escribe su ambicioso (y formalmente frustrado) *Camino de Ñielol*, en donde declara que quiere ver «el brocal en donde brillan las raíces», y Braulio Arenas recorre el país y lo inventaría desde su valle natal del Elqui hasta las regiones magallánicas. Asimismo, podríamos alargar la lista con Luis Oyarzún y su *Alrededor*, Gonzalo Rojas en muchos poemas de *Contra la muerte*, Mario Ferrero en su *Tatuaje marino*, Nicanor Parra que recrea una escondida veta folklórica en *La cueca larga*. Particularmente notable es el caso de Carlos de Rokha, el cual luego de probar con deslumbrante destreza y pirotecnia verbal las innovaciones de la poesía de vanguardia, llega hacia el fin de sus días a realizar una poesía de profundo contenido terrestre y carga nostálgica.

¿Por qué esta vuelta? No basta para explicarla, creemos, el origen provinciano de la mayoría de los poetas, que atacados de la nostalgia, el mal poético por excelencia, vuelven a la infancia y a la provincia, sino algo más, un rechazo a veces inconsciente a las ciudades, estas megápolis que desalojan el mundo natural y van aislando al hombre del seno de su verdadero mundo. En la ciudad el yo está pulverizado y perdido como dice Gottfried Benn, que sueña —intelectual fatigado— a volver a ser «el antepasado de sus antepasados, una masa de musgo en un tibio pantano». Sin embargo, no se crea que los poetas que trataremos vuelven a escribir una poesía descriptiva y detallista y a realizar una mera enumeración naturalista que conduciría a una especie de criollismo poético, etapa quizás necesaria, pero superada tanto en nuestra poesía como en nuestra narrativa. Si el poeta toma formas populares (cueca o tonada), a su vez las enriquece, como suele hacerlo Alberto Rubio. Pero más, ya en 1956 señalamos (al publicar *Para ángeles y gorriones*) que es necesario acudir a un «realismo secreto»,¹ pues es sabido que el mundo exterior contiene pocas enseñanzas, a no ser que se las mire como un depósito de significados y símbolos ocultos. Es preciso interpretar y entrar profundamente en el significado de las costumbres y ritos nuestros, que se han ido transmitiendo de generación en generación, y en este sentido, es notable en muchos pasajes la obra de Barquero *Enjambre* (1957), y luego su *El Regreso* (1962), en donde en un solo aliento se detalla la muerte y entierro del padre, como cosecha y reparto de un fruto, como cena de los hijos. Asimismo, operan en

.....
 1 Carmona, Darío, «Realismo secreto, solo para ángeles y gorriones», *Ercilla*, Santiago, 10 de abril de 1957, p. 2 [Nota de Ana Traverso (N. de A. T.)].